

Sobre el volcán
JOSUÉ SÁENZ

Una vez más se le escapó a México la oportunidad para lograr el desarrollo económico sostenido que tanta falta le hace. Al crecimiento nulo de la "década perdida" ahora habrá que agregar el sexenio salinista que tuvo buenas intenciones, una visión incompleta de nuestra economía, magros resultados y un colapso final que nos dejará postrados varios años. Es fácil caer en un pesimismo que agrava la precaria situación que hoy nos agobia. Más rico o más pobre, México estará vivo en el largo plazo — aunque algunos de nosotros no. Ello nos obliga a analizar los errores pasados, no para señalar culpables o chivos expiatorios, sino para encontrar la "autopista al crecimiento" que otra vez se nos ha perdido. No tenemos mucho tiempo. Las presiones demográficas y ecológicas, políticas y económicas, se intensifican. El México sumergido y el México marginado se están volviendo Méxicos Broncos.

Vivimos sobre un gigantesco volcán con múltiples cráteres que ya hacen erupción en varias partes. Otros pueden hacerlo pronto si nuestros gobernantes se autociegan ante la realidad, si sólo quieren sobrevivir al sexenio o ceden a la tentación de perpetuar una política económica equivocada para no ofender a los integrantes del "sistema" que los engendró. Si hemos de funcionar como nación urge descartar lo malo y no repetir errores pasados. Pero más importante es agregar nuevos programas, oportunos y adicionales, a lo bueno que se ha hecho en ciertas áreas. Conviene analizar con cuidado la política económica del régimen salinista para aprovechar su acierto ideológico. El principal fue reconocer la necesidad de que sean los particulares y el esfuerzo individual los motores de la microeconomía. En la crisis actual falta proyectar una imagen positiva que inspire confianza en el futuro de México. Necesitamos un nuevo *modus operandi* para todos los actores primarios de nuestra economía. Urge un nuevo orden económico para lograr el desarrollo interno. Ni economía de mercado ni estatismo son suficientes.

La experiencia de México confirma que la economía de mercado pura, llámesele sistema capitalista o neoliberal, no ha bastado para resolver algunos de los problemas más graves, tales como marginación, estancamiento estructural y el atraso histórico de muchas zonas. El estatismo puro a su vez ha fracasado porque ha dado origen a empresas ineficientes y burocratizadas, costosas y politizadas, que tampoco han logrado la incorporación de los marginados a la economía moderna que gradualmente se extiende en partes del país. Esta realidad histórica indica que México requiere un sistema de fomento económico *sui generis* adecuado a las peculiaridades de su estructura social.

La jaguarización de México

Para acelerar nuestro crecimiento, quiero sugerir un estatismo indirecto, similar pero no idéntico, al que con tanto éxito han aplicado los tigres y dragones asiáticos. Estos animales metafóricos son ajenos a México, pero en cambio tenemos "jaguares" nativos y poderosos. Muchas empresas mexicanas ya tienen la capacidad financiera y tecnológica para acelerar nuestro crecimiento si son dirigidas. En un sistema de estatismo indirecto, nuestros

jaguares tendrían la responsabilidad directa de la sustitución de producciones. Tienen la fuerza para que en las zonas rezagadas la economía tradicional evolucione hacia la moderna. Pueden no sólo desmarginar a quienes hoy no participan en la economía de mercado sino también llenar huecos específicos en el comercio internacional. La potencialidad de la iniciativa privada puede ser orientada y auxiliada por el Estado para desarrollar nuevas industrias en zonas hoy rezagadas. Estas usarían insumos y mano de obra local para dar ocupación a los hoy marginados e incorporarlos a la economía nacional. Otra meta del estatismo indirecto puede ser cubrir, al estilo surcoreano, áreas precisas en la economía internacional.

En una economía de mercado la iniciativa privada invierte donde el riesgo es más bajo y mayor la perspectiva de utilidades. En el estatismo indirecto la labor del Estado, además de orientación compartida, es ayudar a la inversión privada para compensar el "riesgo-región", y proporcionar la infraestructura física y educativa necesaria. Este nuevo sistema de desarrollo cooperativo y nacional es el que urge proyectar. Recordemos siempre que en política y economía la imagen antecede a la realidad. Crecer a la corta o fosilizarnos a la larga es la disyuntiva.

Destiempos y desfases del salinismo

No hay equivalente exacto en castellano del término inglés timing: el hacer las cosas en el momento preciso —ni antes ni después. Un examen objetivo del régimen salmista nos muestra su mal timing en política económica. La lista de sus destiempo es larga. Mucha gente no los recuerda porque en economía nuestra memoria es corta y los políticos no quieren recordarlos. Pero conviene hacer un listado para enfatizar la importancia de tomar en cuenta el factor tiempo en los programas futuros.

El primer desfase salmista fue abrir nuestras fronteras alas importaciones antes de haber iniciado las negociaciones del TLC para Norteamérica. Fueron eliminadas muchas restricciones cuantitativas y permisos a las importaciones, no para incrementar recíprocamente el comercio, sino para combatir la inflación permitiendo la entrada de productos extranjeros baratos. Esta apertura previa no pedida restó a México una importante arma en la posterior negociación del TLC.

Los salinistas de hoy afirman que el éxito mayor de su régimen fue la negociación del TLC con miras a atraer inversión y tecnología capaces de modernizar la economía mexicana. Así el TLC reforzaría nuestra economía para hacerla funcional y competitiva en el nuevo entorno global. Pero convenientemente olvidan que todavía en 1990, ano y medio después de asumir la presidencia, el licenciado Salinas se oponía a un TLC. En la Junta de Davos, en febrero de 1990, ante un foro de industriales y financieros del primer mundo, el presidente

Salinas los exhortó a invertir en México, pero se manifestó en contra del libre comercio, y no habló de desestabilizar o privatizar. El poco entusiasmo mostrado hacia la posición mexicana en Davos, lo obligó posteriormente a cambiar de enfoque. Las negociaciones de un TLC para Norteamérica sólo las inició a finales de 1990.

También sostienen los salinistas que otro éxito del régimen fue su política de privatización en general y la reprivatización bancaria en especial. Pero lo cierto es que no fue hasta 1992 que inició la reprivatización bancaria, cuando se convenció que era necesario dar a los inversionistas una demostración clara del propósito privatizador. En dos importantísimas áreas de la política económica —comercio internacional y finanzas— hubo destiempos y desfases, atrasos y renuencias.

Otra demora grave fue la lentitud en adecuar la Ley de Inversiones Extranjeras para estimular y dar seguridad jurídica a largo plazo a las inversiones permanentes directas. Sólo se dieron "garantías" mediante resoluciones administrativas fácilmente revocables. Como resultado ya en 1992, 93 y 94, gran parte de la "inversión" extranjera era cortoplacista y volátil. Estaba en valores líquidos y no en activos físicos permanentes. Esta situación fue agravada por un régimen fiscal demasiado benigno respecto de ganancias obtenidas en la bolsa, y severo en su trato a las utilidades derivadas de la producción real o de la inversión permanente directa. A diferencia de otros países, como Canadá, Chile y Argentina, que restringieron a tiempo la entrada de capitales volátiles, el gobierno salinista quedó autoatado de manos. Se vio obligado a no devaluar (a mantener el peso irrealmente alto) para que no huyeran los capitales volátiles. Esto además provocó que nuestro déficit comercial creciera porque la paridad artificialmente alta disminuyó el nivel real de protección a la industria nacional y frenó nuestras exportaciones. La tardanza o renuencia en aplicar oportunamente medidas para desalentar la inversión volátil fue agravante de la crisis cambiaria reciente.

El desfase más serio del salinismo fue mantener por demasiado tiempo como eje y objetivo primario de la política económica una lucha contra la inflación. Ante la desocupación y pobreza estructural crecientes, para México era y es más importante el desarrollo económico que cualquier otra meta. El resultado adverso fue una tasa de aumento del PIB muy inferior a las necesidades sociales y políticas. México pagó cara la devoción salinista a Milton Friedman y la satanización de Keynes. La quiebra de muchas empresas, el desempleo en aumento, la marginación continuada, la emigración y el bajo crecimiento del PIB fueron el precio.

No es necesario enfatizar que el mayor desfase del salinismo fue demorar por razones políticas el ajuste del tipo de cambio peso-dólar a la realidad del mercado. Se olvidó que en materia cambiaria hoy vivimos en casa de cristal. Muchos especialistas, tanto en México como en el extranjero, nos observan continuamente. Estaban conscientes de que al tipo de cambio vigente en el mercado en 1992, 93 y 94 el peso compraba más fuera del país que dentro de él. En vez del proteccionismo de antaño a la industria nacional esta política fue un subsidio oculto a las importaciones y simultáneamente un gravamen real a nuestras exportaciones. Miles de personas dentro y fuera del país estaban enteradas de que nuestra moneda, medida en términos de paridad de poder adquisitivo, compraba más fuera del país que dentro. Además varios cientos de banqueros y operadores de bolsa nacionales, y los administradores de los grandes fondos de inversión internacional, conocían no sólo la disparidad del peso sino el desbalance diario de oferta y demanda en el mercado cambiario. La demora en devaluar fue un intento infructuoso de "salvar la cara", ocultando la verdad

con saliva que perjudicó mucho al país y dejó al nuevo régimen de Zedillo un problema agudo.

El bautizo de Zedillo

Hay quienes tratan de atribuir la rápida descomposición del mercado cambiario en diciembre de 1994 al problema político en Chiapas o a las fumarolas del Popocatepetl. Estos dos factores en algo pueden haber influido sobre la fecha, pero las causas reales del problema son anteriores y más profundas. Descartando el factor Popocatepetl, la reactivación del problema político en Chiapas es consecuencia de situaciones de estancamiento económico, no sólo estructural sino histórico; de marginación no atendida y desocupación creciente. Lo cierto es que durante más de un año el gobierno salinista no tomó las acciones necesarias y obvias en Chiapas para desactivar la bomba potencial representada por los zapatistas. Insistió que se trataba de un problema político, que lo era y lo es, pero subestimó que sus causas son económicas.

El estallido que provocó el súbito colapso del mercado cambiario fue reacción lógica de la nueva mega economía financiera global. Aproximadamente 650 mil millones de dólares están en movimiento continuo vía satélite de centro financiero a centro financiero. Estos fondos tienen dueños, principalmente institucionales, pero no destino fijo. Pueden cambiar de colocación instantáneamente en respuesta a pequeños diferenciales en tasas de interés o tipos de cambio y a las estimaciones de riesgo en cada país. Parte de estos recursos financieros líquidos un día pueden estar en Londres, otro en México y el siguiente en Hong Kong, Sao Paulo o Frankfurt. Cuando los participantes de esta nueva mega economía financiera se enteraron de que en México confluían dos factores negativos: un tipo de cambio equivocado del peso y la inestabilidad política, rápidamente se retiraron de nuestro mercado. Forzaron la devaluación y el reajuste cambiario que por más de dos años habían sido pospuestos por conveniencia política de nuestros gobernantes.

La devaluación de diciembre de 1994 fue manejada con ineptitud sorprendente. Primero el anuncio de que sólo se "ampliaba la banda de flotación", pero que no habría devaluación. Al día siguiente llegó el trauma de que siempre sí se devaluaba y que el tipo de cambio sería determinado libremente por oferta y demanda en el mercado, sin intervención del Banco de México. Lo más grave fue actuar tan tarde que ya no había margen de acción por estar agotadas nuestras reservas. Otro gravísimo error fue no tener previamente arreglado el apoyo del Fondo Monetario Internacional y de otros organismos que nos ayudaron en las devaluaciones anteriores. En esta materia ya deberíamos ser expertos, puesto que bastantes hemos tenido, pero nuestros gobernantes, en esta ocasión, parecieron novatos. No colocaron a tiempo los muy conocidos colchones que podrían haber amortiguado la caída del peso y evitado el pánico financiero.

La oferta económica de Zedillo

El programa propuesto para salir de la crisis despertó poco entusiasmo. Se anunció el famoso Acuerdo de Unión para Superar la Emergencia Económica (AUSEE). Pero la

exposición de las acciones para implementar este acuerdo fue deprimente. El 3 de enero de 1995 el presidente afirmó que "México es un país pobre". Parecía que estaba hablando de Somalia o de Haití, naciones sin industria o sector exportador, carentes de recursos naturales o atractivos turísticos, y sin una colindancia de 3,000 kilómetros con el país desarrollado más rico del mundo. Aún más grave fue que entre las metas del AUSEE se proyectó un crecimiento de 1.5% anual para nuestro PIB. Suponiendo que esta cifra se alcanzara, lo cual parece poco probable, un aumento de sólo esta magnitud implica necesariamente el empobrecimiento futuro de México. Conviene recordar que en promedio nacional nuestra población crece al 2% anual, pero que los habitantes en edad de solicitar empleo todavía aumentan cada año más del 3%. Todavía más grave es que visto el problema a nivel no de promedio nacional sino de realidad regional, en las áreas más pobres del país, tales como los nueve estados que según el INEGI tienen altos grados de marginación, la población crece más aprisa (alrededor del 5% anual). El plan ofreció una deprimente disminución general del ingreso per capita, perspectiva que exacerbó las tensiones políticas en las zonas más conflictivas del país. A la luz de esta pavorosa oferta de pobreza creciente cabe preguntar dónde quedó la promesa preelectoral de un aumento del PIB al 4% anual y de crear un millón de nuevos empleos permanentes al año. Más importante y urgente es preguntar qué se hará ahora para lograr el crecimiento mínimo de 7.5% anual que México necesita para compensar su crecimiento poblacional, absorber la desocupación acumulada en 10 años y modernizarse al ritmo que lo hacen nuestros socios en NAFTA. Ante estas incógnitas, fue lógica la reacción adversa del mercado cambiario, de la Bolsa y de los inversionistas nacionales y extranjeros. Quedó claro que México necesita no un Acuerdo de Unión para Superar la Emergencia Económica, sino un Acuerdo para Superar el Estancamiento Estructural.

Para crecer aprisa

Los partidarios de la economía de mercado piensan que el crecimiento económico y su extensión geográfica son fenómenos automáticos. En países como Estados Unidos y algunos de Europa Occidental, la economía de mercado logró efectivamente incorporar a la totalidad de sus poblaciones en un solo sistema económico eficiente y funcional —aún cuando no siempre justo. Pero en otros países nunca penetró en muchas áreas. México es un caso especial donde conviven tres mundos económicos: El México avanzado con posibilidades de competir exitosamente, incluso a nivel internacional; un segundo mundo de industrias emergentes; y el tercer México, marginado o sumergido, que funciona con una economía tradicional de auto abasto, ineficiente e infracapitalizada, que no ha podido modernizarse.

En los países desarrollados la realidad de la economía de mercado exigió políticas macroeconómicas capaces de combatir el desempleo cíclico, la subocupación o el estancamiento temporal. En los países no completamente desarrollados, la realidad exige implementar políticas micro y macro adecuadas para que su tercer mundo interno pueda salir de su estancamiento estructural histórico.

Keynes desarrolló una teoría apta para combatir las depresiones periódicas en los países desarrollados. Recientemente economistas como Emund S. Phelps se han convencido de

que aún en países desarrollados puede haber "estancamientos estructurales" más o menos permanentes que requieren medidas correctivas especiales¹.

Comienza a desarrollarse una nueva teoría de crecimiento adecuada para combatir el "estancamiento histórico" que prevalece en países parcialmente desarrollados como México. El ganador del Premio Nóbel de Economía 1993, Douglass C. North, ha esbozado lo que él llama "cambios institucionales" para que los países parcialmente desarrollados puedan eliminar el retraso económico en sus zonas marginadas. En México necesitamos consolidar nuestra propia economía a través de lo que podríamos llamar capitalismo integrativo. Necesitamos reconocer en primer término que el centro de gravedad de la economía nacional ha cambiado del campo a la industria. Un programa de desarrollo adecuado a la situación especial de México tiene que partir de una política industrial moderna. La Secretaría de Comercio y Fomento Industrial (SECOFI) debe enfocar el 99 por ciento de su esfuerzo a una política industrial modernizadora, integrativa, enfocada y capaz de penetrar donde no ha llegado la economía de mercado. El estatismo indirecto aquí esbozado necesita como eje una política industrial activa de la cual nuestro país carece².

Tardías u oportunas, las ideas nuevas son necesarias para que el país encuentre la "autopista al desarrollo". Ojalá que algunas de las ideas planteadas en este artículo, tales como el estatismo indirecto, el capitalismo integrativo y la política industrial desmarginizadora puedan servir como estímulo a un plan de desarrollo que proyecte la nueva imagen optimista que México requiere

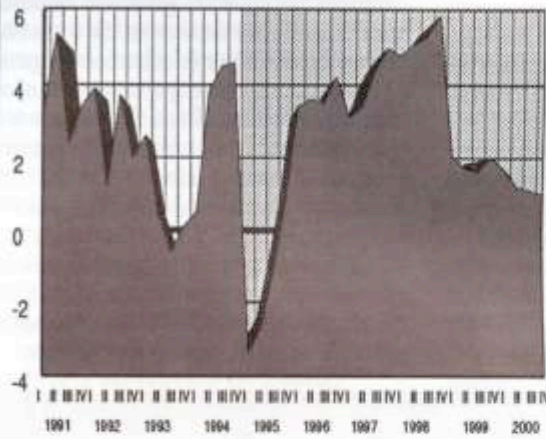
¹ *Structural Slumps, Harvard U. Press, 1994*

² *Ver Fernando Clavijo y José Casar: La industria mexicana en el Mercado Mundial. Elementos para una política industrial. FCE, 1994*

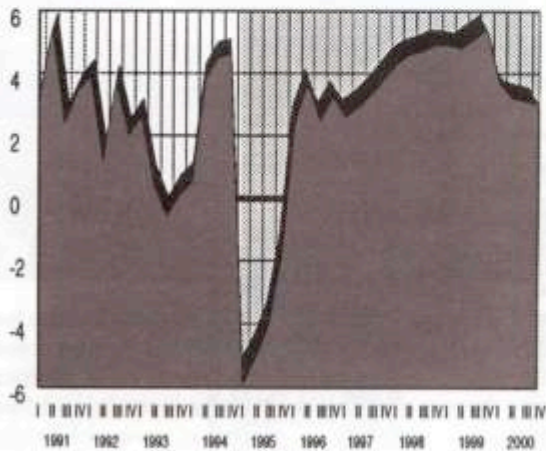
Crecimiento económico: 2 escenarios

CRECIMIENTO ECONOMICO: 2 ESCENARIOS

PRODUCTO INTERNO REAL (TASA DE CRECIMIENTO)



Escenario 1



Escenario 2

Escenario 1

El crédito externo se utiliza en mayor medida, para cumplir con las obligaciones de corto plazo, no se profundiza con el ajuste estructural a la balanza de pagos, ésta termina en -14 mil 500 millones de dólares, el ajuste en el producto también es menor en el corto plazo, pero la inflación, tipo de cambio y tasas de interés permanecen en niveles altos.

El desequilibrio externo, aunado al peso de la deuda de 180 mil millones de dólares al cierre de 1995 (México sería uno de los tres países más endeudados del mundo) y, su servicio derivado de perspectivas de tasas externas de interés altas, obligan a realizar un nuevo ajuste en tipo de cambio y crecimiento en 1999.

Escenario 2

Se utiliza el crédito en menor proporción, se profundiza en el ajuste estructural de la balanza de pagos mediante políticas fiscales y monetarias más restrictivas, que producen una mayor recesión en la primera mitad de 1995, pero permiten bajar la inflación, el tipo de cambio y las tasas de interés, para lograr crecimiento más sano en el horizonte de pronóstico, inflación fluctuando entre 10 y 15%. Menores requerimientos de financiamiento externo, menor deuda y en general una economía menos vulnerable en el mediano plazo.